

Juan Ochagavía s. j.

Hace veintiseis años el Padre Alberto Hurtado publicó un libro que causó gran revuelo: **“¿Es Chile un país católico?”**.¹ La obra fue escrita sin “ningún temor de mirar la realidad del catolicismo de nuestra Patria, tal como nos parece que se encuentra en el momento presente, sin ningún deseo de atenuar sus sombras, de disimular sus defectos”². A través de estas páginas llenas de realismo penetrante van desfilando los grandes problemas del catolicismo de entonces: la miseria social, el analfabetismo, el alejamiento del pueblo de la Iglesia, escándalos de la clase dirigente, total ausencia o insuficiencia de la formación catequética básica, curva ascendente de divorcios, proporción ínfima de asistencia a la Misa dominical (9% de las mujeres y 3,5% de los hombres), disminución progresiva año a año del número de sacerdotes en relación al aumento de la población. Pero por sobre todo y como raíz de esta situación, “la apatía, la indolencia, la superficialidad con que se miran todos los problemas”³.

A la luz de estos datos y comparándolos con la situación religiosa de las nuevas cristiandades del

África y del lejano Oriente, el Padre Hurtado se hace esta reflexión: “¡Cómo es verdad que tenemos actualmente en Chile tierras de misión aisladas de todo socorro!”⁴.

Leído hoy día **¿Es Chile un país católico?** no puede dejar de ofrecernos algunos reparos. Ciertas páginas dedicadas al protestantismo reflejan la falta de lucidez ecuménica de aquella época y resultan casi del todo inexplicables —excepto como “género literario” de la jerga apologética de entonces— a los que conocieron de cerca el espíritu respetuoso y el corazón grande de su autor. No pocas observaciones personales y datos estadísticos nos podrán parecer hoy científicamente débiles e incompletos. Pero pese a estas deficiencias, la lectura del libro hoy día produce admiración y hace reflexionar.

En efecto, es admirable que dos años antes de la publicación de **La France pays de mission?** de H. Godin y Y. Daniel, obra clave para la toma de conciencia del estado de descristianización de muchos países tradicionalmente cristianos, el Padre Hurtado haya tenido la fuerza intuitiva y el valor para dar de Chile un diagnóstico semejante.

Pero por sobre todo la obra nos obliga a refle-

¹ Edit. “Esplendor”, Santiago, 1941.

² Ibid., p. 13.

³ Ibid., p. 184.

⁴ Ibid., p. 139.

xionar. ¿Qué ha pasado en estos veintiseis años? La última página del libro termina con este doble interrogante: "¿Reaccionarán los católicos de Chile? ¿Qué actitud tomarán los jóvenes ante la horrible tragedia espiritual de su Patria?" El Padre Hurtado manifiesta su esperanza en la respuesta que muchos católicos estaban dando al llamado de la Iglesia en la Acción Católica, pero prefiere no jugar a profeta y por esto termina diciendo simplemente: "Este es el secreto de Dios".

A veintiseis años de **¿Es Chile un país católico?** el mundo entero ha dado un vuelco tan fuerte en lo económico, lo político, lo social, lo cultural y lo religioso que es muy difícil establecer comparaciones con el pasado por falta de elementos comunes de medida. No pretendemos hacerlo en estas páginas y por esto quedará sin respuesta precisa el interrogante de hasta qué punto hayamos reaccionado los católicos de Chile.

¿Amainc del espíritu misionero?

Acerca de un punto, sin embargo, quisiera establecer una comparación, aun a riesgo de emitir un juicio ligero o no suficientemente fundado. Se trata de nuestro espíritu misionero, entendiendo por esto —digámoslo desde la partida— no el salir del país a tierras lejanas de escasa población cristiana, sino la preocupación afectiva y efectiva por llevar la Buena Nueva a los no creyentes de nuestra patria y de profundizarla y revivificarla en aquellos que viven en gran ignorancia religiosa o con una fe mortecina.

Más que pretender juzgar —me falta la vocación y la autoridad para lanzar un **j'accuse!**—, estas páginas quisieran ser una invitación a preguntarnos si acaso en Chile los católicos no hemos decaído en celo apostólico y en ese confiado atrevimiento que comunica el Espíritu Santo a los creyentes para anunciar con valentía el Evangelio. En otras palabras, se trata de examinarnos en lo que toca a la **parresía** de que habla San Pablo (Efes. 6, 19), virtud que encierra todo un conglomerado de matices: **confianza invencible** para anunciar con toda libertad la palabra de Dios (1 Tesal. 2, 2; Hechos 28, 31), **valor y atrevimiento** para no arredrarse ante la oposición al Evangelio (Hechos 4, 13; 2 Cor. 7, 4); **gozo y alegría** en el desempeño del apostolado (Hebr. 10, 35; 1 Tim. 3, 13).

En estos meses en que a raíz de los Sinodos diocesanos la Jerarquía y los laicos, los religiosos y

los diversos grupos apostólicos están revisando a la luz del Evangelio el modo de renovarse de acuerdo a las líneas del Concilio, este examen puede ser de inmensa importancia.

Finalmente, es evidente que los indicios señalados en estas páginas y las conclusiones que de allí salgan no pretenden arrogarse el título de un estudio sólido y científico. Para ello habría que realizar una investigación mucho más extensa y más a fondo. Pero previa a toda búsqueda científica debe surgir una pregunta y una hipótesis que estimulen a investigar más. A pesar de todas sus limitaciones, el presente artículo se sentiría plenamente justificado si contribuyera a agudizar la importancia vital de esa pregunta para todos los que vivimos en este suelo, y si lograra impulsar a otros a un análisis más a fondo de este tema.

Parecería que no ...

A primera vista parecería que no hay pie para la sospecha enunciada. En estos últimos tres años las diócesis de todo el país han realizado cada una su "Gran Misión". Con muy poca bulla pero con una constancia admirable grupos de sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos han estado recorriendo los sectores urbanos, las poblaciones y los campos, reuniendo a la gente y estudiando con toda sencillez el Evangelio para abrir sus vidas a la esperanza y el amor a Dios y a los demás.

El movimiento de renovación catequística en muchas partes del país está dando frutos efectivos. En Santiago se ha creado el "Instituto de Catequesis" que con un programa de dos años forma cerca de doscientos laicos y religiosas destinados a mejorar y a difundir más la enseñanza catequística, sobre todo en las escuelas y colegios particulares de la Arquidiócesis. Otro tanto se puede decir del Instituto de Teología para Religiosos que funciona en las tardes en la Facultad de Teología de la Universidad Católica. En lo que se refiere a la catequesis parroquial para adultos y niños, trabajan en Santiago más de dos mil personas que dedican algunas horas a la semana a la catequesis de barrio y a grupos bíblicos. Se ha fomentado mucho la formación de "mamás catequistas", volviendo así la enseñanza de religión a los hogares, que es el sitio natural donde debería empezar. La incorporación activa de las religiosas a las obras de apostolado de las parroquias y diócesis significa el aporte de un tremendo potencial

de entusiasmo y dinamismo apostólico en favor del Evangelio.

Por último, aunque sin pretender en modo alguno ser exhaustivos, desde fines del año pasado las diócesis de todo el país están embarcadas en otra obra de gran repercusión: los Sínodos diocesanos. Los Sínodos son un gran esfuerzo común del laicado, los religiosos y el clero por conocer más exactamente la realidad religiosa actual y tratar de mejorarla según las grandes líneas del Concilio. En sí mismo son ya una empresa evangelizadora para los que en ellos participen y sin duda darán como fruto nuevas iniciativas de evangelización.

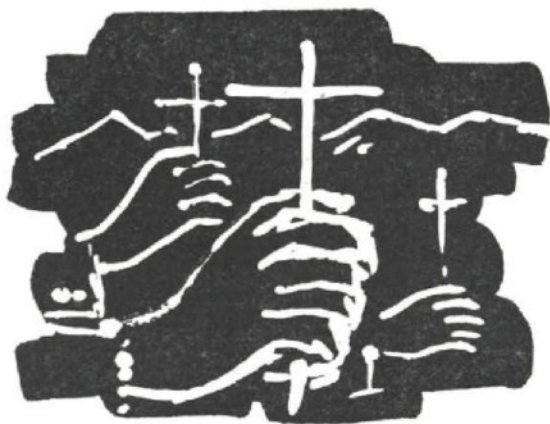
Pero sin embargo...

A pesar de lo dicho, parece haber indicios de una atenuación del espíritu misionero, de la **parresía** evangelizadora, sobre todo entre los católicos de clase media y alta burguesía que son precisamente los que han tenido mayores posibilidades de formación religiosa y de cultura. Nuestras observaciones se refieren especialmente a estos grupos sociales. En los medios obreros, en cambio, está madurando una vida religiosa floreciente de pequeñas comunidades cristianas, las cuales prometen con razón un porvenir grande para la Iglesia.

Llama la atención, en primer lugar, el hecho de que varios movimientos de laicos dedicados a la evangelización hayan girado en estos últimos años hacia actividades de tipo social, económico, político o cultural. Esto en sí no es alarmante y puede responder a la urgencia extrema de ciertas situaciones sub-humanas que reclaman de parte de los creyentes una acción rápida y eficaz. Lo inquietante es que no surjan nuevos movimientos de igual o mayor vitalidad que cojan la antorcha del Evangelio para iluminar a creyentes y no creyentes. El Padre Hurtado escribía en 1941: "Necesarias son la labor cívica y social, pero más urgente aún es la restauración de la vida cristiana"⁵. Aunque hoy quizás vemos mejor que antes que no hay que introducir oposiciones demasiado rígidas entre lo temporal y lo religioso, sigue sin embargo siendo verdadero —y el Concilio se ha encargado de remacharlo en todos sus documentos— que el Evangelio **sana, purifica y robustece** la vida cívica, cultural y social y las **eleva** al orden divino llevándolas a su plenitud en Cristo. De aquí que el principio de la mayor urgencia de

la restauración de la vida cristiana siga teniendo hoy su plena validez.

Existe un consenso bastante general de que el movimiento de evangelización más típico de los últimos decenios, la Acción Católica, atraviesa en varias de sus ramas por una crisis no sólo de número sino también de dinamismo misionero. Los tiempos sin duda han cambiado y no tiene sentido esperar que la vitalidad evangelizadora se manifieste necesariamente en los mismos signos con que se mostraba hace veinticinco años. Desfiles de antorchas, insignias y congresos gigantescos cuajan menos con la mentalidad de hoy y no hay razón para añorarlos. Pero la formación cristiana profunda de sus miembros y el impulso conquistador de ampliar sus filas para hacer partícipes a otros muchos de la alegría de la Buena Nueva pertenecen por esencia a la Acción Católica. Y en esto precisamente parece radicar la falla de muchos de sus núcleos hoy día.



En los últimos años han proliferado grupos de vida cristiana sea entre universitarios sea entre matrimonios. Se puede decir que estos grupos han reemplazado en parte los grandes movimientos apostólicos de antaño. Pero con una diferencia. Los grupos de hoy poseen un carácter marcado de cultivo religioso y mutuo apoyo de los **miembros del mismo grupo** y son mucho menos focos de irradiación apostólica hacia los demás. Parecería que la indiferencia religiosa circundante impulsa a los más creyentes a replegarse y unirse entre sí para sostenerse en su fe. Esto es explicable y en sí muy útil, pero si les faltase la dimensión apostólica carecerían de un elemento indispensable de toda vida cristiana auténtica.

El 19 de mayo de 1960 la CAL (Comisión pontificia para América Latina) lanzó un llamamiento

⁵ Ibid., p. 173.

a los laicos católicos para consagrarse en forma especial al apostolado en este continente. El llamado estaba dirigido ante todo al laicado latinoamericano mismo. Sin embargo, es el laicado de los Estados Unidos el que ha respondido con mayor presteza creando el movimiento **Voluntarios del Papa para América Latina**. Sus miembros son hombres y mujeres, muchos de ellos matrimonios, entre veinte y cuarenta y cinco años, que se dedican durante un período de dos a cinco años a actividades catequísticas, a la formación de grupos de vida familiar cristiana y a diversos otros trabajos de promoción social, técnica o cultural. Anteriormente el laicado español había comenzado una iniciativa semejante, la OCASHA (Obra de cooperación apostólica seglar hispanoamericana), que desde 1958 ha estado enviando apóstoles seculares a nuestros países, donde trabajan por períodos de cinco años que muchos de ellos renuevan. Igualmente, los católicos belgas desde 1963 crearon, con una finalidad apostólica semejante, el **Secretariado para la Acción Laical**.

Estos hechos nos hacen pensar. ¿Por qué fueron los católicos de otros continentes los que de hecho respondieron a un llamado destinado ante todo a nosotros? Muchos hemos conocido a algunos de estos voluntarios trabajando con generosidad en las poblaciones, en el campo o en diversos movimientos apostólicos. Ni la dificultad del aprendizaje de otro idioma ni la dura adaptación a una cultura y standard de vida diferentes ni la pérdida o postergación de un empleo o una carrera los disuadieron de su propósito de servir a la difusión del Evangelio. Sin duda hay cien razones valederas para explicar por qué en miles y miles de casos los católicos chilenos no podíamos responder a ese llamado: pobreza, necesidad urgente de trabajar, falta de formación religiosa, desconocimiento total de la existencia misma de ese llamado... Sí, hay muchas razones. ¿Pero no habrá cincuenta, cien mil personas en Chile, precisamente entre los que han recibido más medios y mejor formación religiosa, que puedan ofrecerse por dos o tres años a la evangelización, después de una seria preparación de varios meses? Si el único sentido de la vida fuese ganar plata o casarse lo más pronto posible, evidentemente que no. El hecho de no haber conocido el llamado de la CAL, o sus reiteradas repeticiones por el Papa en sus discursos al clero y al laicado de América Latina, lejos de ser una excusa valedera, es síntoma de una falta de interés más hondo. Porque donde existe entusiasmo

por la fe y sensibilidad para captar la situación de desamparo religioso de los demás —haya o no llamados— la imaginación discurre de mil maneras cómo ayudar.

Otros indicios

Multitud de otros indicios podrían aducirse en confirmación de lo que hemos llamado un amaine del espíritu misionero. ¿Quién, por ejemplo, no ha echado de menos en la predicación dominical llamados más estimulantes a una actitud evangélica de conquista, a una preparación más honda y a una dedicación más consciente al apostolado? ¿Cuántas veces se habla en las iglesias sobre el poder de la Palabra penetrante de Dios, la única que responde de manera total a los anhelos más profundos del ser humano?

Otro signo indicador de lo mismo es la disminución cada vez más seria de vocaciones al sacerdocio. Actualmente hay en Chile alrededor de 2.600 sacerdotes diocesanos y religiosos. La proporción entre número de sacerdotes y habitantes que se declaran católicos permanece bastante estable desde hace diez o más años: aproximadamente un sacerdote por cada tres mil católicos. Pero esta estabilidad es exclusivamente efecto del aumento del clero extranjero. Si no fuera por la continua y creciente transfusión de sacerdotes del hemisferio norte, el Evangelio de salvación no se predicaría en nuestras ciudades y campos y los desnutridos —¡somos todos!— no recibirían el Pan de Vida. Los nuevos sacerdotes chilenos no alcanzan a reemplazar a sus compatriotas que mueren!... Hay varias diócesis en Chile que de un total de treinta o cuarenta sacerdotes, tienen sólo tres o cuatro sacerdotes chilenos. Dejando de lado en este punto más que en ningún otro cualquier patriotismo estrecho, y reconociendo el esfuerzo y la necesidad de estos sacerdotes extranjeros, no podemos desconocer los serios obstáculos para la acción sacerdotal provenientes de la diversidad de lengua y cultura. Escuché una vez comentar a un grupo de extranjeros: "Cuando predicamos o enseñamos catecismo tenemos la persuasión de que la gente no nos entiende o capta al revés más de la mitad de lo que les decimos".

¿A qué hay que atribuir esta situación trágica? Las causas son múltiples y no pretenderemos aquí entrar en ellas. Pero ciertamente no se puede afirmar sin más que en Chile "no hay vocaciones" del

mismo modo como un agricultor diagnostica: "en estas vegas no se dan las papas". En una encuesta a 595 alumnos de colegios particulares, que constituían una muestra bien representativa de este ambiente, a la pregunta "¿Tuvo Ud. el deseo de ser sacerdote o religioso?", 287 jóvenes respondieron que nunca (48,2%) y 303 que sí (51%). Las respuestas afirmativas, según la edad en que se hizo sentir la vocación al sacerdocio, se distribuyen en la forma siguiente: 151 entre los 10 a los 12 años (25,4%); 79 entre los 13 y los 15 años (13,3%); 73 entre los 16 y los 18 años (12,3%). Respecto a la duración del deseo de seguir la vocación sacerdotal o religiosa, la suma se reparte así: 118 por menos de un año (19,8%); 69 por espacio de 1 a 2 años (11,6%); 26 de 2 a 3 años (4,4%); 49 por más de tres años (8,3%). En los colegios fiscales las cifras afirmativas son menores: 29,55% sintieron vocación, frente a un 64,78% que jamás la sintió.⁶

Estos datos muestran que entre los estudiantes de colegio de hecho se plantea el problema de la vocación al sacerdocio. Y no sólo como un sueño efímero e infantil de niños menores de 12 años sino también por varios años y entre muchachos ya mayores y suficientemente capacitados para optar por una carrera. Entre los motivos señalados por los encuestados, que los disuadieron de seguir su vocación sacerdotal o religiosa, 40% responden: "el deseo de tener un hogar" o "la atracción por las chiquillas". Le sigue "la oposición de los padres" (15,1%)⁷. Ambos motivos son una confirmación de la falta de espíritu apostólico, tanto entre los jóvenes como entre los padres de familia. Una vez más se comprueba la verdad de lo que escribía el Padre Hurtado: "No es gracia la que falta: es la cooperación humana"⁸.

Líneas cortadas

Es un hecho patente que la gran mayoría de los católicos carece de la información más mínima respecto a las necesidades, recursos disponibles y planes de acción de la Iglesia. Son muy pocos los laicos —y también los sacerdotes— que tienen ideas exactas acerca del número de sacerdotes, laicos dirigentes y catequistas disponibles para las tareas de evangelización y los que se necesitarían para que el

trabajo pastoral fuese realmente eficiente, de acuerdo a las nuevas exigencias del apostolado y al aumento creciente de la población. En materia de financiamiento de las obras de la Iglesia ocurre igual vacío de información. ¿Quiénes sino poquísimas personas conocen los fondos de que dispone la Iglesia, lo que de hecho se realiza con ellos y lo que haría falta para costear las obras de una Iglesia que quisiera estar alerta y al servicio de todos? El dinero del culto se paga muy poco. ¿Pero no se debe esto en parte a que las líneas de información están cortadas, a que se desconoce lo que hay en el "haber" y los fondos requeridos para poder realizar los planes de revitalización y misión?

Quizás lo más grave sea que apenas parece existir conciencia de la necesidad de tal información. Y esto no sólo en los laicos sino también en el clero. Si se cortan las líneas telefónicas a Puchuncaví, la Compañía de Teléfonos las restablece en menos de una semana. Ese dormido pueblecito costeno ciertamente no es el centro del universo, pero existe la conciencia de que es necesario que no esté aislado. De manera semejante, los bancos, las industrias y los gobiernos se preocupan por informar a sus socios y ciudadanos de sus planes de desarrollo y del estado de sus finanzas. Este es un modo de suscitar el interés y el deseo de ayudar en una empresa común. Una comunidad cristiana que ignora los recursos de personal apostólico y de dinero necesarios para encarar la obra de la evangelización difícilmente podrá llamarse una comunidad dinámica. En ella se embotan y se duermen la generosidad y el sentido de responsabilidad apostólica; por falta de información, no logran desarrollarse.

Haría falta crear en nuestras diócesis y parroquias boletines o pequeños diarios mediante los cuales la jerarquía y los laicos den cuenta de sus proyectos y necesidades y mantengan a todos al corriente de lo que se hace y piensa hacer en materia de evangelización y otras obras de apostolado. Pero con tal que paralelamente se cultive en todos el interés por estar informados y que las cosas se digan con franqueza. De lo contrario, el boletín será nada más que alimento para el canasto de papeles. La gran prensa y los otros medios de comunicación social, aun aquellos en que las diócesis han tenido o tienen cierta ingerencia, se han mostrado hasta ahora ineptos para cumplir esta función de información y, por razón de su público tan vasto, no se ven

⁶ Cf. Renato Poblete Barth, S.J., *Crisis Sacerdotal*, Santiago (Edit. Pacifico 1965), págs. 134-138; 199. En este mismo estudio se analizan las causas de la escasez sacerdotal. Ver págs. 18-28.

⁷ Ibid., p. 128.

⁸ Ibid., p. 166.

posibilidades de que puedan algún día cumplirla eficazmente.

Ideas-freno

En el plano de los criterios aparecen un poco por todas partes ideas o estados de ánimo que, junto con ser un índice, frenan en alguna medida el dinamismo misionero. Casi todas son reacciones extremistas a errores pasados. Otras son ideas en sí muy justas, pero mal asimiladas.

Así, por ejemplo, no pocos tienen tal miedo de incurrir nuevamente en el "triunfalismo" de tiempos pasados que prácticamente rehuyen toda acción en que la Iglesia se manifieste en forma visible en la vida pública. Cuando el pueblo espontáneamente organiza peregrinaciones u otros actos de piedad pública, los sacerdotes no pocas veces nos sentimos como avergonzados y nos ocultamos, en lugar de hacernos presentes y procurar encauzar, profundizándola, esa devoción espontánea. Con esto se va cavando una zanja peligrosa entre los "cristianos aggiornados" y los "tradicionales" o "populares". Ciertamente, debemos cuidarnos de volver a caer en el "triunfalismo". Pero esto no justifica la pusilanimidad ni miedos irracionales de parecer "confesionales" en cosas en que, aun dentro del pluralismo más estricto, esto es legítimo y deseable.

Otras veces una idea errada de lo que es el "proselitismo" detiene o atrofia en parte el impulso misionero. En una época en que todos hemos tomado mayor conciencia del pluralismo de nuestra sociedad, de los lazos ecuménicos que unen a los cristianos de diversas confesiones, de la existencia de "cristianos anónimos" (para usar la expresión de Karl Rahner) y del respeto a la conciencia individual dentro del espíritu de la Declaración conciliar sobre "La Libertad Religiosa", resulta a veces difícil a sacerdotes y laicos distinguir entre el apostolado y el proselitismo.

Es iluminadora a este respecto la Relación Testimonio cristiano, proselitismo y libertad religiosa del Comité Central del Consejo Mundial de Iglesias, preparada para la asamblea de Nueva Delhi (1961). Como sinónimos de "testimonio cristiano" se presentan la evangelización, el apostolado y la conquista de las almas. Acerca del testimonio cristiano declara la relación:

"Dar testimonio de palabra y en obras es la misión y responsabilidad esencial de cada cristiano y de cada

iglesia. Todos los discípulos están ligados por el Gran Mandamiento del Señor. La finalidad del testimonio es persuadir las personas a que acepten la autoridad suprema de Cristo, se entreguen a Él y lo sirvan con amor en la comunión de su Iglesia. El testimonio de los cristianos a Jesucristo ha de ser a la vez un testimonio personal y colectivo a la verdad como ésta les ha sido manifestada..."

El testimonio cristiano se diferencia del proselitismo por razón de su finalidad, de su espíritu y motivación, como asimismo por los medios que éste emplea. La Relación al Consejo Mundial de Iglesias lo define de esta forma:

"El proselitismo no es algo absolutamente diverso del testimonio: es la corrupción del testimonio. Este se corrompe cuando abierta o sutilmente se emplean halagos, coimas, presiones indebidas o amenazas para provocar una aparente conversión; cuando antepone el triunfo de nuestra iglesia a la honra de Cristo; cuando cometemos la falta de honradez de comparar el ideal de nuestra propia iglesia con la realidad de otra; cuando procuramos hacer avanzar nuestra causa haciendo aseveraciones falsas sobre otras iglesias; cuando el egoísmo personal o de grupo reemplaza al amor hacia cada individuo con que tratamos".

No tiene pues nada que ver con proselitismo el testimonio cristiano individual y corporativo, la evangelización y el deseo y la acción eficaz para "persuadir las personas a que acepten la autoridad suprema de Cristo, se entreguen a Él y lo sirvan en la comunión de su Iglesia". Es de máxima importancia para un auténtico ecumenismo y para un sano pluralismo el que los diversos grupos religiosos no diluyan ni mutilen su fe y su apostolado. La Relación aludida señala a este propósito: "El Consejo Mundial no tiene ningún interés en poseer como miembros a iglesias mutiladas. Por el contrario, aspira a ser un Consejo de iglesias íntegras, reales y genuinas."

Entre las ideas-freno a un dinamismo misionero puede contarse una conclusión errada que algunos sacan —las más de las veces en forma oscura y no formulada— del principio de que Dios pueda salvar y de hecho salva a muchos que desconocen a Cristo y no adhieren visiblemente a la Iglesia Católica. Este principio, en sí muy verdadero y fuente de optimismo y esperanza, lleva algunos a descuidar la necesidad de la evangelización. El Vaticano II, en el documento "Sobre la actividad misionera de la Iglesia", reconoce la posibilidad de salvación en la fe a los que desconocen el Evangelio y no abrazan la Iglesia cuando dice: "Aunque Dios, por los caminos

que Él sabe, puede traer a la fe, sin la cual es imposible complacerle (Hebr. 11, 6), a los hombres que sin culpa propia desconocen el Evangelio,..."⁹ Pero, lejos de concluir de allí el que la evangelización sea cosa indiferente o menos necesaria, afirma continuando la misma frase: "...incumbe, sin embargo, a la Iglesia la necesidad (cf. 1 Cor. 9, 16), a la vez que el derecho sagrado, de evangelizar, y, en consecuencia, la actividad misionera conserva íntegra, hoy como siempre, su fuerza y su necesidad". En seguida explica las razones de esta urgencia y necesidad:

"Por medio de ella, el Cuerpo místico de Cristo reúne fuerzas y las ordena incesantemente en orden a su propio crecimiento (cf. Eph. 4, 11-16). Los miembros de la Iglesia son impulsados a continuar dicha actividad por la caridad, con la que aman a Dios y por la que anhelan comunicar a todos los hombres los bienes espirituales, tanto de esta vida como de la venidera. Por último, gracias a esta actividad misionera, Dios es glorificado plenamente, desde el momento en que los hombres reciben plena y conscientemente la obra salvadora de Dios, llevada a su plenitud en Cristo" (ibid. N° 7).

El motor que impulsa la actividad misionera es pues la caridad: el deseo de comunicar a los demás la Buena Nueva de salvación y todos los bienes que la acompañan. Si hay en una familia alguien enfermo de gravedad, pero que se sabe que se irá a recuperar, los otros miembros de la familia no se reservan el fallo del médico para ellos, sino lo hacen saber inmediatamente al enfermo para que se alegre y siga con mayor cuidado las indicaciones médicas.

Otro desequilibrio proviene de una concepción unilateral del papel del laico en la Iglesia. Algunos laicos han abierto sus ojos con tal entusiasmo a la responsabilidad que les cabe acerca del mundo temporal —la esfera de la política, la economía, la cultura y la sociedad— que olvidan su responsabilidad, de igual o mayor urgencia, de colaborar al anuncio del Evangelio, comenzando por su propia casa. Tal vez en esto no pocos sacerdotes hayamos tenido algo de culpa, explicable en parte por el deseo de contrarrestar una religiosidad laical desencarnada, por haber presentado parcialmente la misión del laico. Es cierto que el Concilio sostiene que "a los laicos pertenece por propia vocación buscar el Reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales" (LG. 31). Pero en el mismo documento, el Concilio afirma: "Los laicos, ... cualesquiera

que sean, están llamados, a fuer de miembros vivos, a procurar el crecimiento de la Iglesia y su perenne santificación con todas sus fuerzas..." (N° 33). Y para evitar cualquiera ambigüedad, en un documento posterior y a petición explícita de muchos obispos, se añadió este párrafo: "A los laicos, que desempeñan parte activa en toda la vida de la Iglesia, no sólo les toca impregnar el mundo con el espíritu cristiano, sino que además su vocación se extiende a ser testigos de Cristo en todo momento en medio de la sociedad humana" (G.S. N° 43).

El último factor de freno, que queremos enumerar en estas páginas, no es propiamente una idea sino un estado de ánimo de los individuos y de la comunidad. Se trata de la inseguridad en diversos niveles: psicológico, social, doctrinal, frente al porvenir. Con frecuencia al sacerdote le preguntan (también otros sacerdotes): "¿Todavía hay que creer en esto o en aquello?" La pregunta suele hacerse en tono de broma y el "esto" o "aquello" puede abarcar todo el abanico de las posibilidades de la vida de la Iglesia: desde la existencia de la vida eterna con Dios después de la muerte y la confesión sacramental hasta las nimiedades más absolutas y que en nada atañen al dogma, como si se debe comulgar hincado o de pie o si la única traducción valedera de "Dominus vobiscum" sea "El Señor *está* con vosotros", en vez de "*está* con vosotros". Pero detrás del tono de broma muchas veces se oculta esa inseguridad tocante al contenido fundamental de nuestra fe.

Se culpa a menudo al Concilio de haber desatado esta inseguridad. Es verdad que el Concilio nos ha servido para destruir falsas seguridades; para no hacer dogmas de fe y moral puntos que son enteramente accidentales y cambiables según las diversas épocas y circunstancias. A muchos sacerdotes y laicos el Concilio les ha mostrado lo pobre y desadaptada que era su teología o ... su catecismo! El remezón a las falsas seguridades o a las teologías pobres para no pocos se transforma desgraciadamente en un terremoto que pareciera arrancar los mismos cimientos. Hay sacerdotes asesores de movimientos laicales que, frente a la responsabilidad apostólica dada a los laicos por el Concilio, se sienten inseguros y como sobrantes: "Si los laicos tienen todas esas tareas, ¿qué nos queda a nosotros?" Hace pocos meses el Papa, en un discurso a Asesores de la Acción Católica italiana, se sentía obligado a contestar esta pregunta para sacarlos de su inseguridad. Entre

⁹ N° 7; más explícitamente, "Lumen Gentium", nn. 15 y 16.

sacerdotes formados en un espíritu y una teología "atrasada" respecto a la del Concilio, el sentimiento de inseguridad que de allí procede se convierte a veces en un pesimismo crítico de toda su formación y tarea sacerdotal, sin distinguir en ella los muchos elementos perennemente valederos. Otras veces, esa actitud de reacción exagerada se traduce en una autocrítica amarga o unilateral. Fuera de los sufrimientos que todo esto provoca a los propios interesados, actúa como elemento paralizador del dinamismo apostólico y misionero tanto en ellos mismos como en los grupos laicales que asesoran.

La inseguridad, finalmente, lleva a veces a querer exigir, antes de emprender cualquier obra o iniciativa apostólica nueva, que se dé una justificación socio-religiosa y teológica de la obra en cuestión. El mal no está ciertamente en el deseo de fundamentar la acción apostólica en las líneas más ricas y profundas de la revelación, cosa de la cual se ocupa la teología. Afortunadamente, hoy se ve mejor que nunca que una pastoral alejada de estas líneas será una construcción enclenque y sin futuro. Por inseguridad, sin embargo, se trata a veces de exigir de la teología algo que ella no puede dar: las últimas normas y criterios **concretos** para una opción determinada. La teología puede y debe dar los principios y normas **generales** —que no son tan etéreas como a veces se piensa— por los que ha de encauzarse toda acción concreta. Pero es quimérico exigirle mucho más que esto, porque muchas de las opciones importantes para el avance del Reino de Dios son indeducibles de los principios generales. Son en realidad el resultado de los movimientos siempre nuevos y originales del Espíritu Santo que abre nuevas fronteras a su Iglesia. Pero estas mociones del Espíritu se captan ante todo en la oración y —supuesto que sean conformes a las normas generales de la razón y de la fe —su último criterio de autenticidad es el de Gamaliel: "Si es obra de hombres, se disolverá; pero si es de Dios, no podréis disolverla" (Hechos 5, 38). Entretanto, estas exigencias excesivas, producto de la inseguridad, pueden convertirse en un **alibi** para la acción apostólica valiente y confiada en el poder de Dios.

Fe en crecimiento

Toda vida es desarrollo, es crecimiento. En el proceso de crecer los seres todos, desde los vegetales hasta el hombre, enfrentan dificultades y obstáculos. El obstáculo desempeña paradójicamente un papel importante en el crecimiento. El esfuerzo por atravesarlo obliga a sacar de sí fuerzas hasta entonces latentes; todo el ser se concentra y unifica a fin de poder dar el gran paso; la meta del crecimiento se perfila con mayor nitidez. La expresión usual "sacar fuerzas de la debilidad" alude a este aspecto positivo de las dificultades.

La vida de la fe también se rige por una ley semejante. Pero con una gran diferencia: por tratarse no de una actividad meramente humana, sino de la Gracia y Luz de Dios en nosotros, la fuerza para atravesar los obstáculos no la sacamos de nosotros sino de Dios. San Pablo enuncia esta ley del crecimiento cristiano en las dificultades en esta frase lapidaria: "La Fuerza (de Dios) consigue su objetivo en (nuestra) debilidad" (1 Cor. 12, 9). La Cruz, que es paso a la Resurrección, es la máxima confirmación de esto.

La ley aquí enunciada vale no sólo de los individuos sino también de la vida de las comunidades creyentes. Y vale de un modo especial respecto del punto discutido en estas páginas. Si nos sentimos débiles para cumplir nuestra responsabilidad apostólica y misionera, necesitamos más que nunca implorar la Fuerza de Dios, el Don de Pentecostés que afirmó las rodillas tembleques y desató las lenguas trabadas por el miedo de los Apóstoles encerrados en el Cenáculo. Tal vez en la raíz de todas nuestras inseguridad y falta de dinamismo apostólico haya un encojimiento o disminución de la fe. Esta situación no es nueva en la Iglesia ni mucho menos irreversible o desesperada: "La Fuerza de Dios alcanza su objetivo en la debilidad". El serio examen de conciencia y la oración humilde que realizan las comunidades creyentes de nuestro país con motivo del Sínodo son ya la puesta en marcha de un espíritu misionero más dinámico y auténtico.